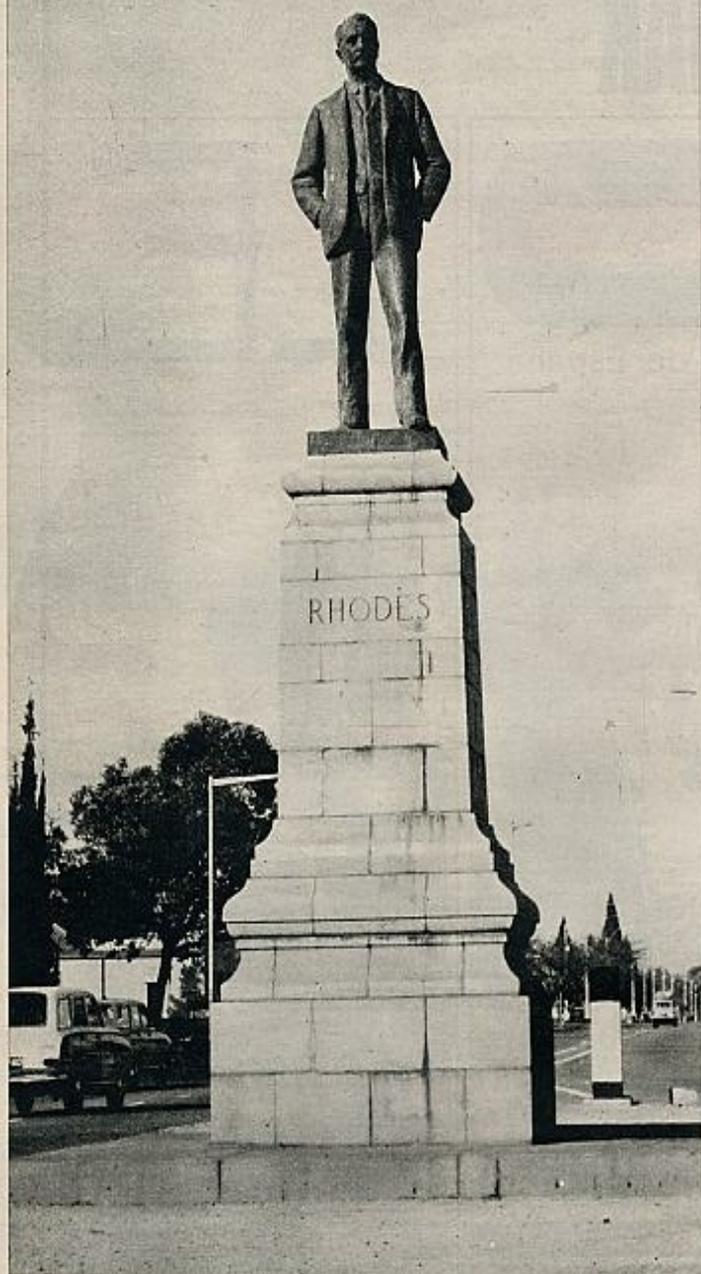


rhodesia en crisis

SALISBUR

La represión se desarrolla en Salisbury metódicamente. Ian Smith y sus «cow-



La estatua de Rhodes preside la ciudad de Salsbury: las manos en los bolsillos, de buen burgués previsora y desconfiado, y la mirada rapaz del conquistador.

LOS «ULTRAS» EN EL PODER Y A LA ESPERA

EN 1895, los imperios devoraron los mapas, en un festín a escala planetaria. Se trata, más que del resultado de la avidez nacionalista, de una cuestión de mercados y fuentes de materias primas. La Historia, la Historia occidental de los últimos cien años, es poseída: no hay sitio en ella para los idealistas, para los románticos que se niegan a aceptar su línea. Una línea que pasa por la City, y que pasará muy pronto —estamos todavía en 1895— por Wall Street.

El tiempo de los sueños ya ha trans-

currido y Cecil Rhodes no se siente protagonista de leyenda. Los colores de la Union Jak constituyen el símbolo de una bella coartada, que contará con novelistas y poetas. Cecil Rhodes es de temperamento poco inclinado a idealizar la realidad; esta realidad dura, resistente, que toca todos los días. Cecil Rhodes es un pragmático que mide cotidianamente el perfil de los hechos para extraer de ellos la mayor utilidad. Cecil Rhodes es un colonialista que desdén las coartadas y no oculta su condición. **SIGUE**



Y: DIAS DE TENSION

boys» tienen miedo. En las afueras de la capital se han improvisado varios campos de concentración, convenientemente vallados, donde se encierra a los sospechosos.





Ian Smith, el jefe del partido «ultra» rhodesiano, se ha convertido con su rebelión en el personaje del día en el mundo.



Highfield, el suburbio negro. Cuatro millones de africanos exigen su participación activa en la vida política de la nación.

Su lema —el escritor Castresana acaba de recordarlo— no ofrece dudas: «La filantropía más el cinco por ciento». No, no es una «boutade». Frío razonador, Rhodes nos ha dejado su explicación:

«A fin de salvar a los cuarenta millones de ingleses de una sangrienta guerra civil, nuestros estadistas coloniales deben adquirir nuevas tierras para colocar a la población excedente de este país y para proporcionar nuevos mercados a los artículos producidos en las fábricas y en las minas. El imperio, como he dicho siempre, es cuestión de pan y frijoles. Si no se quiere la guerra civil es necesario volverse imperialista».

La Historia siguió rodando y no hubo guerra civil en Inglaterra. (Sí hubo, ciertamente, dos guerras mundiales que debemos incorporar, a posteriori, al esquema de Rhodes. El, tan sagaz, tan clínico, no pudo preverlas.) Y la estatua de este colonialista sincero y sin disfraza se alza en el centro de Salisbury, encarnando en piedra su imagen exacta: las manos en los bolsillos —de buen burgués, previsor y desconfiado—, la mirada rapaz del conquistador puesta en la lejanía.

Una mirada que hoy tropieza con la vanidosa estatura de los rascacielos de la capital de un Estado —o de un territorio— que perpetúa su nombre. La Historia ha recorrido medio siglo más. El festín ha terminado. En torno a la efígie del viejo Imperialista, sus herederos, los hijos de aquellos que le siguieron en su aventura, se conjuran para defenderse, parapetados tras congeladas teorías, de la marea negra que avanza sobre el Mediodía africano. Aquella raza-niña, ciega entonces para los porcentajes, hundida en su noche histórica, ha alcanzado su mayoría de edad: la aritmética ya no le esconde ningún misterio. Hay una suma que desde luego comprende muy bien.

Rhodesia:

4.000.000 de hombres de color.
217.000 blancos.

PERO, ¿es éste, en noviembre de 1965, el problema que se sitúa en primer plano?

El problema inmediato exige una formulación más matizada, aunque en última instancia quepa expresarla en un par de cifras. Siguiendo un método que nos permita abarcar en amplitud y profundidad, mejor que ningún otro, una realidad política y social concreta, tenemos que dar cuenta de las condiciones que configuran esta comunidad desavenida en el corazón de un continente en perenne agitación.

La geopolítica, esta pseudociencia inventada, al parecer, en Berlín, vale por una vez —claro es que sólo en el contexto de las grandes líneas de fuerza mundiales— para definir parcialmente la situación rhodesiana. La Unión Sudafricana, Mozambique y Angola están a sus flancos. Resulta obvio extenderse sobre el significado de tal localización.

Su producción: agricultura y minería. Subsuelo rico: amianto, cromo, cobre (15 por 100 del cobre mundial, 65 por 100 del cobre británico), carbón, estaño, oro, piedras preciosas. Tierra fértil: tabaco (primer país exportador), maíz, azúcar, algodón... In- de la más importante reserva artificial del mundo).

SIGUE

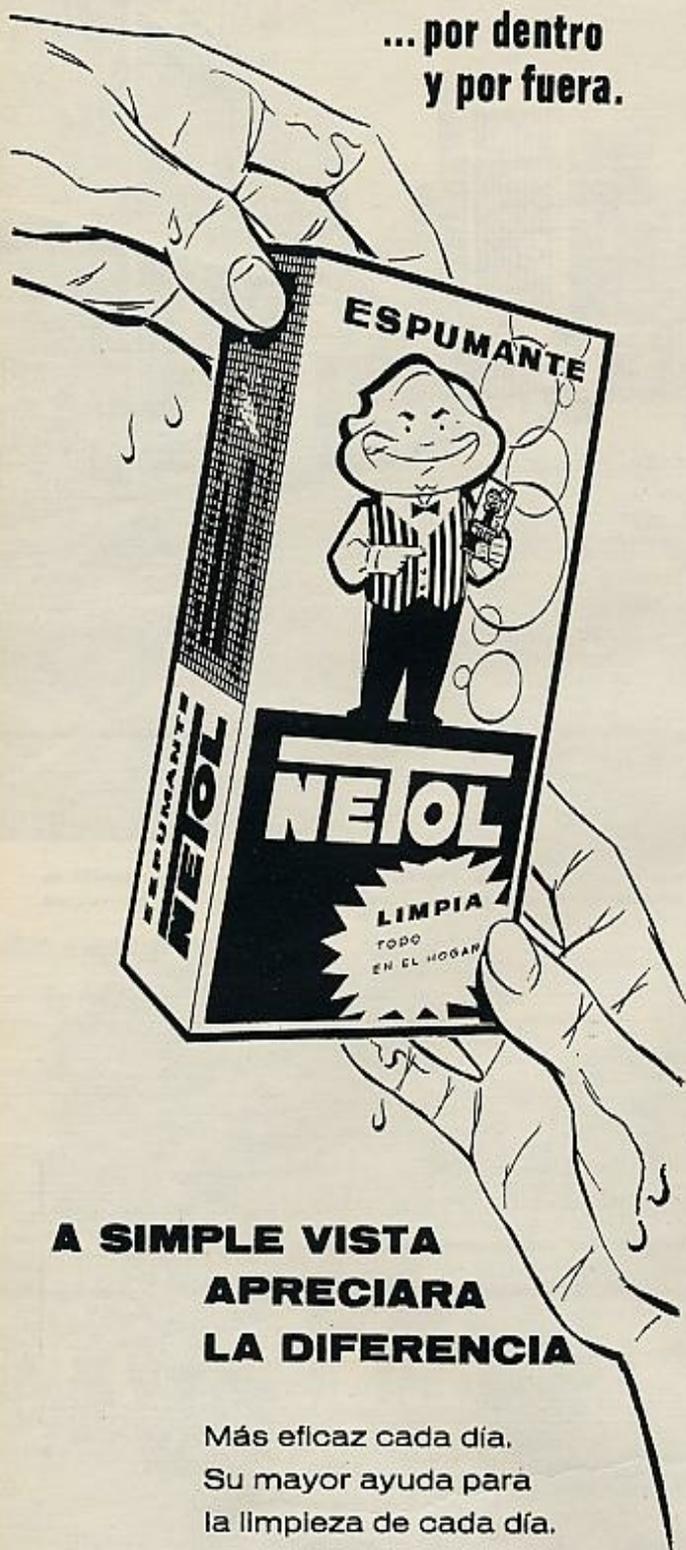


Salisbury, la ciudad de los contrastes. En el centro, el barrio europeo, silencioso, aséptico, bajo el cielo gris. En las afueras, las demarcaciones raciales, expresión de la segregación: barrios miserables y tristes donde habita el proletariado negro, sin voz ni voto en el país, ahora arbitrariamente dominado por los «ultras»



SUPERADO!

... por dentro
y por fuera.



**A SIMPLE VISTA
APRECIARA
LA DIFERENCIA**

Más eficaz cada día.
Su mayor ayuda para
la limpieza de cada día.

ESPUMANTE

NETOL

El secreto de la limpieza que luce.

La estructura: más del 35 por 100 de las tierras cultivables se hallan en manos de los colonos blancos, concretamente de unos seis mil propietarios de origen europeo. Las minas y fábricas, ello es obvio, pertenecen al capital metropolitano.

(En el último número de nuestra revista, Eduardo Haro presentó un completísimo panorama de la situación de Rhodesia. Hoy no hacemos más que abundar en su información.)

La población está compuesta de europeos, africanos y asiáticos. En las ciudades, a cada una de las razas corresponde una localización determinada. La estructura de los servicios públicos responde a esta división. Así existen cuatro categorías de escuelas: la europea, la africana, la asiática y, curiosa discriminación, la japonesa. La segregación es rígida, aunque no tanto como en la vecina Unión Sudafricana.

Un índice expresivo. En la actualidad ejercen sus funciones en el país solamente:

Seis médicos.

Cuatro inspectores de enseñanza.

Cuatro funcionarios públicos.

Y cinco subinspectores de Policía de raza negra.

No hace falta añadir que negros y asiáticos componen el proletariado del campo y de la ciudad, y mínimos sectores de la pequeña burguesía.

La estructura económico-social rhodesiana cuenta con un reflejo fiel al nivel de la política. La agrupación «United Federal Party», defensora de un programa «liberal», que propugna una estrecha asociación con la Gran Bretaña, representa los intereses de los blancos de las ciudades, la burguesía ligada a los negocios y las finanzas, los comerciantes, etc. El «Rhodesian Front» es el partido «ultra», plataforma política de los campesinos blancos. Ferocemente racista, asume el poder desde hace tres años. Su «eminencia gris» es un gran propietario, Collard Lildford, que no hace mucho ha enunciado claramente el principio fundamental del partido: «El hombre blanco debe mandar; no digo gobernar, digo mandar» (Max Clos, «Le Figaro»).

Los negros están organizados, pero también lamentablemente desgarrados por contradicciones. La «Unión Nacional Africana» y la «Unión de los pueblos africanos» representan las dos tendencias principales. Joshua Nkomo dirige el segundo de ellos, sin duda el más popular. N. Sithole es el líder del primero.

Hombre de agitada vida, casi totalmente consagrada a la causa de la independencia de su pueblo, Nkomo ha luchado en el campo sindical, distinguiéndose por su capacidad organizadora. Su esquema político desborda las fronteras de Rhodesia, abarca todo el continente negro. Desde hace muchos años despliega intensos —y hasta ahora estériles— esfuerzos por integrar en una sola organización a todos los partidos políticos nacionalistas africanos. El carácter moderado de su acción le ha convertido, a los ojos de Downing Street, en el oponente ideal para una posible negociación futura. Pero el odio de los colonos se centra en su figura. Su actitud ha sido siempre firme: «Ningún líder sensato puede dejar de tomar en consideración la voz de su pueblo». Estas palabras suyas se hacen verdad en él: es el mejor intérprete de aquella

voz. Su personalidad se proyecta, ahora, sobre la nueva situación.

Pero los «ultras» también han procedido siempre con firmeza. Para ellos, el partido de Nkomo nunca ha dejado de ser «una pandilla de agitadores».

Porque para los «ultras» los negros no tienen derecho a la palabra. Su legislación los excluye. Para votar se precisa disponer de un ingreso mínimo anual de 330 libras y haber cursado cuatro años de enseñanza. Ingreso medio anual de los africanos: 120 libras. Existe un segundo colegio electoral destinado a los negros, asimismo con rígidas restricciones. A través de este colegio se eligen quince diputados, de una totalidad de sesenta y cinco. Los africanos boicotean, lógicamente, esta votación.

La segregación racial afecta a los salarios. Los sindicatos están divididos y los obreros blancos trabajan en condiciones notablemente ventajosas.

Las contradicciones han estallado. Aquí está, en Salisbury, «la ciudad blanca», aséptica, geométricamente marcada, el hombre fuerte del «Rhodesian Front», definitivamente comprometido en una política sin mañana: Ian Smith.

Este antiguo soldado del ejército británico, joven aún —cuarenta y seis años—, que ha vivido difíciles avatares en la última guerra al servicio del Imperio, protagonista de las batallas del cielo de Libia cuando la estrella de Rommel ascendía, avanza hacia el proscenio. La tensión se refleja en su voz, y no en su cara, artificialmente impasible por obra y gracia de la cirugía estética. (La guerra fue cruel con él). Ian Smith proclama, con voz pausada, la independencia del país. Su «good save» final parece implorar la bendición de la Reina. Pero de Londres sólo llega una áspera condenación verbal.

¿En nombre de quién habla, en este día abierto sobre mil incertidumbres, el «ultra» de Salisbury? Las agencias simplificarán: Ian Smith representa a la población blanca.

La realidad resiste a las esquematizaciones. Este hombre que padece la pasión más triste —como ha dicho alguien—, la pasión de reinar, cuenta con una base social concreta y limitada. Es el hombre de los «cow-boys», de los que imponen su gratuita ley, de los colonos blancos. Tal es su fuerza, y tal es también su debilidad. ¿Qué dicen entre tanto los Bancos, los grandes monopolios metropolitanos? ¿Cuál es el parecer de la City? Ian Smith tiene consigo a los campesinos y a la Policía. Y mira en torno suyo: la Unión Sudafricana... Londres dicta sanciones económicas (Eduardo Haro señalaba certamente su ineficacia), pero Ian Smith dispone de un largo plazo. La cosecha de tabaco ya está vendida. Hay todo un año por delante.

Salisbury, la blanca, vive en tensión, bajo un cielo gris. Reina un calor húmedo. El Mediodía africano ha entrado en la estación de las lluvias. En torno a la efígie de Cecil Rhodes todo parece en calma: es el barrio comercial blanco. El signo de la tensión está en otra parte, en los barrios, en Highfield, el suburbio negro. La Policía vigila. Controla las carreteras, verifica identidades, registra los coches, revisa las escuelas. Los sospecho- **SIGUE**

RHODESIA



El conflicto rhodesiano aparece claramente planteado: se trata de una lucha, por el momento, entre capas sociales blancas. La gran burguesía, los hombres de negocios no apoyan a Ian Smith. Arriba, cola ante la residencia del gobernador, para respaldarlo. Abajo, la Policía registra a los negros a la entrada de Salisbury.





exclusivo "for gentlemen"



Estilo de ATKINSONS, personal y discreto. Una nota aristocrática, inconfundible, en su gama de productos masculinos.

PRE ELECTRIC SHAVE LOTION, para un perfecto rasurado eléctrico. AFTER SHAVE, loción fresca y estimulante para después del afeitado.

ATKINSONS "for gentlemen" un estilo inspirado en la más clásica fragancia inglesa: ENGLISH LAVENDER.

ATKINSONS



for gentlemen

RHODESIA

son detenidos. Hay campos de concentración preparados.

En el centro de la capital las tensiones son moderadas y contenidas por la «respectabilidad» británica. Porque la gran burguesía no está con Ian Smith. Los representantes legales de la metrópoli continúan en su puesto. El gobernador Gibbs —una flor en el ojal, un pliego de firmas en su despacho— asiste a los oficios religiosos en esta turbia mañana dominical. Su presencia ante el pueblo es como un desafío. El reverendo Alderson, obispo anglicano de Mashonaland, pronuncia un violento sermón. Su palabra es clara, concisa, tajante; tanto, al menos, como la de Ian Smith, al que hace frente. Grita a los fieles:

—Tenéis el derecho y el deber de desobedecer.

ENTRÉ tanto, los negros siguen en silencio. El frente de la operación se abre contra ellos: se trata de que no lleguen a obtener nunca los derechos políticos. Se trata de que nunca puedan asumir el poder.

Pero el conflicto se sitúa, por el momento, en otro plano. Consiste en una lucha entre capas sociales blancas. Los campesinos tienen miedo; piensan en la Argelia de la última hora colonial, tan cercana en su problemática. Y en el Congo. Su primera batalla no la librarán, sin embargo, contra los africanos. Tal es el secreto de la crisis rhodesiana: en Londres no se teme a los negros. En Londres se entiende que con los negros, incluso, en el poder, la Rhodesia económica puede controlarse, puede mantenerse en la esfera de la libra esterlina. Y la descolonización política —Londres lo sabe— es un hecho necesario, dentro de un proceso irreversible. En este momento, el conflicto aparece transparente: colonialismo y neocolonialismo no coinciden en sus planteamientos.

Sin embargo, ¿cómo convencer a los colonos? Ellos se juegan en la partida todos sus intereses. ¿Qué puede importarles la City lejana? Es su propia parcela de tierra la que corre peligro. ¿Se repetirá el caso de Argelia?

HE aquí cómo las contradicciones que desgarran a toda una parte del mundo cobran en este alejado territorio sus formas más agudas. Al pie de la estatua del astuto colonizador, aquel que sabía que conquistando nuevas tierras podría evitarse una guerra civil en la metrópoli, otra guerra civil distinta se desarrolla solapada bajo los estériles «Dios salve a la Reina» de Ian Smith.

Hace calor en este noviembre de Salsbury, cruzado de amenazas. Sólo amenazas, por ahora. Los «efebianos» de Londres en el poder, como sus predecesores doctrinales, odian la violencia. El gobernador Gibbs contempla deferentemente los sucesos. Los pliegos de firmas corren a escondidas. La actitud «ultra» se afirma.

Y detrás, el gran factor condicionante: cuatro millones de negros dispuestos a luchar para entrar en la Historia. El proceso continúa. Ian Smith sólo protagoniza uno de sus episodios.

EDUARDO G. RICO

FUENTES:

"El fin del imperio", John Strachey (Fondo de Cultura Económica). "Perfiles africanos", de Ronald Segal ("Eudéba", Buenos Aires). "El reto de África", de Ndabani Sithole (F. de C. E.). "El miedo del hombre blanco", de Max Gluck (Le Figaro, París). "¿Qué pasa en Rodesia?", de L. de Castro (Pueblo, Madrid). "Agencia Dalmas", París.

(Reportaje gráfico de Dalmás Zardoya y Flei)



El gobernador Gibbs, deferente, la flor en el ojal, desafía a Ian Smith y sus «ultras» al asistir a la misa dominical y recoger la adhesión de numerosos europeos.

las señoras opinan:



Dña. María Teresa de Ortega
de la firma

ORTEGA VIVANCOS

Paseo de las Delicias, 68 - Teléf. 228 75 45
Infantas, 40 - Teléf. 221 53 01 - MADRID

"Minipimer MR2, es un auxiliar imprescindible en la cocina puesto que, constantemente se utiliza para hacer puré en la misma olla, batir huevos, preparar croquetas, papillas, etc. Recomendando el nuevo Minipimer a todos los clientes".

PIMER

Siempre a mano en la cocina....

Minipimer de Lujo M R 2

Resuelve un sinfín de problemas en la preparación de las comidas. Minipimer M R 2 bate, mezcla, tritura, licua... una sola mano lo maneja y lo limpia un chorro de agua!

Un año de garantía

P. V. P. 886,90 De Lujo
P. V. P. 736,40 Standard
impuestos incluidos



PIMER

ama la línea, mima la calidad